



CAPÍTULO III

CAMPAÑAS DE PRUSIA Y DE POLONIA

CONQUISTA DE NÁPOLES. — CONFEDERACIÓN DEL RHIN. — CUARTA COALICIÓN. — JENA
Y AUERSTAEDT. — CONSTANTINOPLA. — EYLAU. — FRIEDLAND. — TILSIT

El tratado de Presburgo debía dar por resultado nuevas guerras. Por otro tratado que se firmó en 21 de Septiembre de 1805, la corte de Nápoles se comprometía á observar la más estricta neutralidad en la lucha que iba á emprenderse; promesa sobre cuya sinceridad no se podía contar mucho, dado el carácter apasionado y voluble de la reina Carolina.

En 1804 había dicho al representante francés M. Alquier, que se distinguía por su viveza y discreción, acompañadas de una verbosidad fácil y siempre brillante, y con quien á la sazón coqueteaba, las siguientes palabras: «Seguramente se me inculpará mi antipatía por Bonaparte, y sin embargo, andaría de buena gana cuatrocientas leguas para verle. Si me atreviese á compararme con este grande hombre, diría que tenemos ambos un sentimiento común, el amor á la gloria, que él ha perseguido en gran escala y la ha alcanzado, mientras que yo la he buscado entre las zarzas y no he logrado más que punzarme los dedos. Decidle cuando le escribáis que no me canso de admirar su habilidad para aprovecharse de unos tiempos en que, desaparecidos del mundo Federico *el Grande* y Catalina de

Rusia, los tronos de Europa están ocupados por imbéciles.» Por otra parte, rechazó las proposiciones oficiosas que se le hicieron al año siguiente de casar una de sus hijas (la princesa Amelia, esposa más adelante de Luis Felipe) con el príncipe Eugenio, y el mismo Napoleón, en la recepción solemne del embajador de Nápoles, encargado de felicitarle por su coronación como rey de Italia, recordó públicamente los crímenes de la reina Carolina y le dió el nombre de *moderna Atalia*.

Así, pues, al presentarse los Rusos y los Ingleses, reunidos en Malta y en Corfú, en el golfo de Nápoles (20 de Noviembre), la corte ni siquiera simuló la más ligera resistencia, reuniendo por el contrario 60.000 hombres á las órdenes de Lascy, que marcharon hacia el Norte. Napoleón lo supo algunos días antes de la batalla de Austerlitz, ocultando su indignación hasta después de esta victoria; pero al día siguiente de haberse firmado el tratado de Presburgo, dirigió á su ejército una proclama fulminante en la que declaraba «que la dinastía de Nápoles quedaba destronada.» Un ejército de 45.000 hombres á las órdenes de José Bonaparte, pero en realidad dirigido por Massena, atravesó Italia hasta Nápoles (Febrero de 1806); la corte se refugió en Sicilia, dejando la ciudad en poder de los *lazzaroni*, cuyos excesos fueron tales que los ciudadanos acogieron á los Franceses como libertadores. En vano fué que desembarcara en Santa Eufemia un pequeño cuerpo de tropas inglesas y derrotara á Reynier en Maida, y en vano también que los calabreses se sublevaran al mando de Fra Diávolo y de Scarpa, famosos capitanes de bandidos á quienes la reina diera el encargo de organizar la insurrección, pues Gaeta capituló ante Massena, los ingleses se reembarcaron al saberlo, y Fra Diávolo, cogido en Sora, fué decapitado en Nápoles. José Bonaparte había sido nombrado ya rey de Nápoles por un sencillo decreto imperial (30 de Marzo).

Otra anexión de la misma clase, aunque menos justificada, se verificó en aquel año. Holanda poseía las plazas fuertes que defendían la frontera septentrional del imperio francés y en ella desembocan el Scalda, el Mosa y el Rhin, ríos que entonces eran franceses principalmente. Por estas razones de conveniencia estratégica, aunque Holanda había sido siempre adicta, y contrariando las aspi-

raciones y aun las tradiciones históricas del país, Napoleón se empeñó en convertirla en reino. Convocada con este motivo por el Gran-Pensionado una asamblea de notables, presentó sus quejas, tan vivas como inútiles, y «para evitar mayores males» pidió por rey á Luis Bonaparte, con la garantía de una Constitución (1.º de Junio).



La reina Hortencia. (Quadro de Regnault)

Desde el momento en que se hacían así reyes, debía ser mucho más fácil crear principados. Otorgó Massa y Carrara á su hermana Elisa Baciocchi, á quien había dado ya el Piombino y Luca al anularse su antigua constitución republicana; Guastalla á Paulina, que á la muerte del general Leclerc se había casado con el príncipe Borghese; á Murat, esposo de su otra hermana Carolina, los ducados de Berg y de Cléveris; y á Berthier, el principado de Neuchâtel. Finalmente, «para terminar las dificultades que mantenían divididas la corte de Roma y la de Nápoles con motivo de la posesión de los prin-

cipados de Ponte-Corvo y de Benevento, convirtiéndolos en feudo inmediato del imperio francés en favor de Bernadotte y de Talleyrand.» De esta manera realizaba prácticamente la conocida fábula de la *ostra y los litigantes*. Reservóse también territorios considerables de los Estados de Venecia para formar con ellos otros grandes feudos.

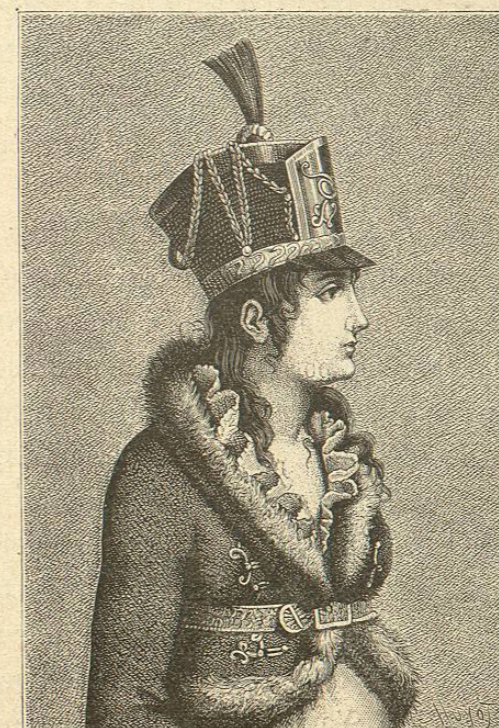
Si en virtud del tratado de Presburgo llegó á ser Napoleón el árbitro de Europa, aun lo fué más directamente de Alemania, donde su intervención era solicitada y á la vez fué útil para entrambas.

Después del tratado de Presburgo, hallóse sumida Alemania en análoga anarquía á la en que se encontró después de la firma del tratado de Luneville; los Estados más importantes, como Baviera, Wurtemberg y Baden, se aprovechaban de los cambios de territorio, consecuencia del tratado, para oprimir y despojar á los Estados más débiles, con entero menosprecio de la justicia, por cuya razón muchos Alemanes pensaban en el restablecimiento de un imperio de Occidente, en favor del nuevo Carlomagno, que les protegiera como el antiguo. El príncipe de Dalberg era quien principalmente acariciaba estas ideas y las exponía á Napoleón, el cual, comprendiendo la imposibilidad de realizarlas, aprovechóse de ellas para formar, bajo la protección de Francia, la *Confederación del Rhin*, que debía asentar más firmemente la supremacía francesa en Alemania que aquel vano título, cuyo resultado no hubiera sido otro que acrecentar los odios de las potencias rivales y la responsabilidad del gobierno napoleónico.

La Confederación organizada por Napoleón, Talleyrand y La Besnardiere, abarcaba los territorios comprendidos entre el Sieg, el Lahn, el Mein, el Neckar, el alto Danubio, el Isar y el Inn; gobernábase por medio de una Dieta, presidida por el archicanciller Dalber y compuesta de dos colegios: el de los reyes de Baviera y de Wurtemberg, los grandes duques de Berg, de Baden y de Hesse-Darmstadt; y el de los príncipes, formada por los dos duques de Nassau, los dos príncipes de Hohenzollern, los dos príncipes de Salm, etc., quedando suprimida la nobleza directa y las ciudades libres, pasando Nuremberg y Ratisbona á poder de Baviera y dando Francfort á Dalberg en cambio de Ratisbona. Respecto á los contingentes militares, Francia debía contribuir con 200.000 hombres y la Confederación con 60.000. Los confederados participaron de un modo

solemne á la dieta de Ratisbona su separación del Imperio (1.º de Agosto de 1806). La Confederación aumentóse muy pronto con los reinos de Westfalia y de Sajonia y los principados de Anhalt, de Reuss, de Schwartzburgo y de Lippe.

Francia, de esta suerte, parecía haber recobrado ante Alemania la magnífica posición que ya tuvo á raíz del tratado de Westfalia,



Luisa Agustina Guillermina Amelia de Mecklemburgo-Strelitz, reina de Prusia. (Dibujo de Swebach)

pareciendo que renacía la política de Richelieu. Se equivocaría quien creyese encontrar en esta ingerencia tan directa del gobierno de Napoleón en los asuntos de Alemania el origen del gran movimiento anti-francés que debía manifestarse en ella algunos años más tarde; entonces tal ingerencia era solicitada y aceptada con general agradecimiento. Confundir los sentimientos de la Alemania occidental, en 1806 y en 1813, es lo mismo que afirmar que las disposiciones de los Alemanes con respecto al reinado de Luis XIV fuesen las mismas en el momento en que Mazarino constituía su Confederación del Rhin (1658), que después, cuando ante las violencias de las Cámaras de